

REFLEXIONES SOBRE EL NUEVO GABINETE Y SUS CONSECUENCIAS

Un año que finaliza y se produce la salida del Ministro de Hacienda y Finanzas, generando un evento que en otras circunstancias originaría cuando menos incertidumbre y volatilidad, pero en este caso tiene poca capacidad de alterar el comportamiento de los mercados. Los medios de comunicación mantendrán el tema, posiblemente, dos o tres días en primera plana más para demostrar el poder consolidado, por ahora, de los que se quedan.

Fuera del cotilleo al que siempre da lugar un cambio de este tenor, la significación económica del cambio no termina de ser vista, justamente porque no la tiene, y dada la conformación y manejo, nadie en el gobierno permitirá que la tenga. Los que se sientan por algo robustecidos y operen en consecuencia, si intentan alterar un *modus operandi* del gobierno, se darán cuenta que no es para eso que fueron convocados.

La argumentación demasiado complaciente del fácil análisis sintetizado en la forzada especulación que indica su relevo para que los entrantes puedan hacer un mejor ajuste del gasto público, y así permitir que el BCRA baje la tasa de interés, la inflación y el preocupante stock de LEBACs con su costo fiscal, es a todas luces, maniquea.

Precisamente, porque en el año de inicio de sus cargos los cegará el tema de las elecciones, ya que el problema no es el equilibrio entre el ajuste y la repercusión negativa en lo electoral.

Es ficticio el dilema entre, si se ajusta mucho se puede perder votos, si se ajusta poco se los puede ganar. Y así lo es, además, porque el ajuste no viene de la mano de “planillas administrativas” de los nuevos ministros, viene porque en el año que comienza, lo difícil será ganar la batalla a la madre de todos los problemas: “el crecimiento”.

Sin crecimiento económico el ajuste se reflejará sobre el consumo y los desempleados que no pueden digerir dicho ajuste en los planes sociales que, hasta ahora, no habían tenido necesidad de pensar en probar.

La utopía del derrame por una mejora en la situación de Brasil ya no lo es, porque prácticamente es lo mismo considerar que se puede poner el pecho a la situación, con la apertura del crédito externo.

Resulta preocupante pensar en la posibilidad de ver a los nuevos ministros enfrentando las negociaciones salariales del 2017, imponiendo la vara de la inflación futura, cuando en los tres primeros meses van a tener que laudar la recomposición de los acuerdos paritarios por el efecto de la alta inflación del 2016.

No es un problema de los nuevos ministros ni del saliente. Es un tema similar al de esos equipos que cambian continuamente de director técnico y machacan de forma permanente por la falta de actitud de los perennes jugadores que no cambian nunca.

Los nuevos ministros no tienen en sus manos las herramientas necesarias para arreglar los problemas, sólo pueden tener la ventanilla abierta para minimizar los efectos de su persistencia.

Seguramente puede haber espacio para flamear la bandera del crédito barato del FMI, pero son bajas las posibilidades de concreción, por razones políticas. Sobre todo, porque el endeudamiento no puede gestar lo que no generó este 2016.

El 2016 no parece hoy uno, sino dos o más años, porque el compás de espera del crecimiento del segundo semestre continúa, y muchos están más cómodos pensando que el segundo semestre es una parábola voluntarista que se puede empujar a través de los años que faltan.

Lamentablemente, lo que no vimos en el segundo semestre no es una fatalidad producida por un Ministro y sus errores.

Si hay algo que nadie puede decir, es que durante el primer semestre no se haya hecho todo como para que en el segundo, los "brotes verdes" fueran una descripción que pecaba de falsa modestia para lucrar con la sorpresa, ante la casi segura sombra de frondosos árboles.

La inversión no se produjo luego de los profundos cambios introducidos en el funcionamiento económico del país, y a futuro, posiblemente, el mejor de los ministros va a ser aquél que ponga en cuestión por qué y para qué hay que tomar nuevo crédito público. La duda, luego del desplazamiento ocurrido, es saber si habrá espacio para nuevas ideas y cambios necesarios.

Si la economía no se reactiva, iniciado el año 2017, resulta difícil que alguien se atreva, y con gran valentía, a realizar un ajuste administrativo del gasto público, pues al mismo tiempo seguramente la actividad económica no reaccionará, generando como consecuencia una baja recaudación, y el necesario incremento del gasto social.

No hay lugar para la virtud en un esquema de gasto que empieza a bajar porque se reduce el subsidio a las tarifas, mientras se incrementa la ración del mismo a las personas.

Con esa combinación de factores, generados no por una persona sino por la situación de todas ellas, el cambio de ministro no va a dejar de ser una anécdota. Básicamente, porque los problemas que imperan: el crecimiento no dado, o el no encontrar la manera de resolver los problemas, no nace de los desentendimientos en el equipo de gobierno o porque al ministro de economía lo sentaban en la esquina más incómoda de la mesa. Esperemos que nadie crea esto, porque sería una simplificación preocupante.

La situación es tan clara en cuanto a su origen que no vale la pena escudriñar los currículums de los nuevos ministros. Las preguntas que nos formulamos son: ¿No tiene solución?, ¿hay que resignarse?

Por supuesto que no, pero la solución no vendrá mientras no se reactive el consumo, con medidas de aperturas en un mundo que produce profundos cambios y tiende a proteger su mercado interno - efecto Trump -. Existe un riesgo de intentar activarlo - la demanda - con una disminución de la tasa de interés que en ese contexto, terminará evitando que el dólar se aprecie por los ingresos financieros.

Los argendólares (ahora más en los bancos que en los colchones) es la moneda más fácil de crear en este esquema de inclusión financiera que permite la dolarización de los activos financieros con un click del mouse. Resulta tan fácil, que incluso se llegó a admitir que alguien se endeude en esa moneda, aún cuando no tenga una fuente de ingresos atada a ella.

Los nuevos ministros van a tener que lidiar con esos problemas y mucho tememos que puedan hacer tan poco como el ministro viejo. Para su beneficio, los nuevos cuentan con una situación no muchas veces experimentada: sinceramente nadie piensa que en sus manos esté la solución del problema económico del 2017.

El nuevo año requiere generar un shock de confianza y recrear un plan de mediano plazo que le "devuelva a los argentinos el deber de la esperanza", que nos evite la precarización del futuro, resolviendo la miopía estratégica que nos acompaña y un país constantemente tentado por la medianía. Siempre teniendo presente que la vanguardia marca el rumbo y la retaguardia marca el ritmo.